

Regata humanitaria

El capitán achicó los ojos, protegiéndolos del viento que arrastraba un olor extraño y un poco de arena. Oteaba la roca que se le presentaba como un promontorio, el último obstáculo a sortear antes de llegar a la meta. Estaba lejos todavía.

Se sentía melancólico, meditabundo; rumiaba sus recuerdos del viaje con una expresión de desagrado visceral. Muchos habían dicho que la regata era un gesto inútil, producto de la vanidad y la ignorancia más que del deseo real de ayudar. Eso podría haber sido cierto, al menos para algunos de los voluntarios que se presentaron, pero el capitán y su equipo se habían encargado de desilusionar a los que venían en busca de aventura o de gloria; tenía la tranquilidad de saber que todos los que finalmente zarparon junto con él sabían exactamente a lo que se estarían enfrentando. A las pocas posibilidades de éxito, a los riesgos no solo materiales sino personales a los que se estarían exponiendo. Un gesto de sorna le oscureció el rostro; la certeza del riesgo físico fue lo que terminó ahuyentando al ridículo hijo de Ortiz, que había venido más por la posibilidad de pavonearse en público que por un compromiso con los ideales que se suponía los empujaban.

El viento titubeó, y el velamen hizo un chasquido que sacudió la nave toda, sacándolo de su ensimismamiento. Sabía que el viento acá sería más inestable, y estaba seguro de poder con él, pero saberlo en el abstracto y sentirlo en pies y manos eran cosas distintas.

Por suerte, el único poco de suerte que habían tenido, no se cruzaron con ninguna tormenta; eso habría sido fatal. Aún así, apenas habían zarpado ya dos de las naves habían abandonado y pedido auxilio: una por un problema con su sistema de navegación que estuvieron tratando de arreglar hasta que llegó el rescate, y la otra con la excusa poco creíble de una enfermedad súbita. La quinta nave que perdieron fue la que más le molestaba, porque quedaron sin velas a mitad del viaje; la desazón en la cara del otro piloto todavía le molestaba en sueños.

Ahora quedaba sólo él. Apretó los dientes y se enfocó de nuevo en la nave, el viento, y la roca.

* * *

Tiempo después, irrumpiendo el sentido irracional de calma en el que se encontraba, sonó un alarma de proximidad. Maldiciendo por lo bajo, realizó la maniobra necesaria; su consternación no era por el asteroide en sí, sino porque a esta distancia de la atmósfera el cambio de curso podría ser fatal. Mientras iba cayendo en cuenta de lo que eso significaría, la computadora de abordo le avisó sonoramente que su temor estaba bien fundado: tenía que elegir entre abortar la misión, descartando las velas solares y escapar en hibernación, o terminar la regata, esparcir el virión modificador de mitocondrias en la baja atmósfera, pero sin poder salir del pozo gravitacional.

No lo dudó.